
Salvador Giner
y
Juan Salcedo

*Un vacío teórico:
la explicación causal
de la migración*

I

Es bastante decepcionante constatar que los estudios sociológicos sobre migraciones se han venido moviendo más en el terreno de la descripción y la clasificación apresurada que en el de la explicación e interpretación rigurosa. A lo sumo, poseemos algunos análisis factoriales más o menos refinados y muy pobremente entroncados en la pobre teoría existente. Puede afirmarse sin lugar a dudas que en nuestros días no existe ninguna explicación general rigurosa que integre los movimientos migratorios dentro de una determinada visión de la estructura social, ni en macro ni en micro-sociología. La existencia de ese vacío teórico es un producto de diversas causas.

La primera de las que cabe señalar es el hecho de que las migraciones se han venido considerando de forma tradicional como una especie de género menor dentro de la teoría sociológica. Tras el siempre citado, poco leído y menos imitado estudio pionero de Thomas y Znaniecki, poca ha sido la atención real de los principales sociólogos hacia un problema social —y por ende teórico— de la envergadura de las migraciones contemporáneas, que afectan a tantos

millones de seres. La norma ha sido la realización de un conjunto de trabajos empíricos producidos por estadísticos, demógrafos, economistas y geógrafos, muchos de ellos, sin duda, importantes, en el sentido de que nos han provisto con un acervo de datos nada despreciable. Mientras tanto, en el mundo académico, los sociólogos hacían con el estudio de las migraciones como antaño hicieron con la criminología: era una disciplina importante, pero que era mejor dejar a otros especialistas. Y, en el mundo de la política social, el asunto quedaba en manos de entidades altruistas, «trabajadores sociales», organismos benéficos y agencias estatales y paraestatales dedicadas a «lo laboral». Frente a los ríos de tinta y las resmas de papel impreso que hemos dedicado los del gremio al estudio de élites empresariales, intelectuales, organizaciones burocráticas, sindicatos obreros, oligarquías, problemas de «desarrollo» o «modernización», movilidad social y tantos otros temas, salta a la vista la escasa atención prestada a asuntos que quizá sean menos brillantes, pero cuyo atractivo teórico es muy grande y cuya investigación puede dar frutos potencialmente muy considerables. Mas no entramos ahora en la espinosa cuestión del peso de los valores en la elección, *ab initio*, de la problemática a indagar, es decir, en la cuestión de los orígenes del «programa de investigación» en el sentido que esta expresión tiene en Lakatos. (I. Lakatos, 1970, pp. 91 y ss.).

En segundo lugar hay que pasar la factura de esta ausencia teórica al tradicional enfoque, predominantemente anglosajón, de las *race relations*, que los sociólogos de ese ámbito cultural han pretendido aplicar —cuando lo han hecho— al estudio de los problemas de la inmigración, y nunca de la emigración. El principal motivo de que el enfoque de marras sea tan patéticamente inútil es el hecho de que parte del supuesto conservador de que todas las colectividades inmigrantes son relativamente fáciles de integrar en la sociedad existente, salvo aquellas de distinto color o características étnicas muy acusadas. Este enfoque, que parte de la peregrina idea de que a mayor exotismo menor capacidad de integración, y de que todos los grupos o colectividades inmigrantes desean la integración (sobre todo si su país de destino es tan «paradisiaco» como lo son los Esta-

dos Unidos), tiende a ignorar o minimizar las bases económicas o políticas de todo el proceso. Ello sin entrar ahora en consideraciones sobre la adecuación o falta de ella de la noción de integración, pues no es éste objeto de nuestra atención en el presente artículo.

En tercer lugar, el vacío teórico se extiende a los sociólogos llamados radicales o de izquierda. Su justa preocupación por mantener abiertas sus líneas de comunicación con la filosofía social crítica, el pensamiento socialista y la economía política anticapitalista ha resultado, por desgracia, en el terreno de las migraciones, y sobre todo entre los marxistas, en un reduccionismo muy pronunciado de los fenómenos migratorios a su visión del conflicto de clases y a sus teorías del imperialismo internacional. Aunque ambos aspectos de la cuestión sean muy importantes en todo análisis sistemático del tema, lo que parece poco admisible es despacharlo como si fuera sólo un subproducto marginal de la dinámica capitalista. No sólo no existe una interpretación mínima de las migraciones bajo los regímenes socialistas (recordemos la «reoblación» de Siberia), sino que la sociología radical de izquierdas —sea o no marxista— ha ignorado la cuestión de un modo aún más conspicuo que la más positivista. A pesar de su pobreza teórica, ésta por lo menos nos ha dado innumerables encuestas, informes y acopios de datos.

II

El primer intento serio de estudiar el proceso migratorio proviene de Ravenstein (1885), demógrafo y estadístico inglés que, a través de un largo, documentado y poco brillante artículo que se ha convertido ya en un clásico, intenta establecer las «leyes de la migración», muy dentro del ambiente intelectual de una época que buscaba el establecimiento de sólidas e indiscutibles leyes en todos los fenómenos, ya sociales, ya naturales. Las leyes de la migración de Ravenstein se pueden resumir de la forma siguiente:

1. La tendencia general de los emigrantes es la de recorrer la menor distancia posible. El fenómeno se canaliza a
-

través de «corrientes migratorias» que toman la dirección de los grandes centros del comercio y la industria que absorben emigrantes.

2. El «proceso de absorción» de una ciudad se lleva a cabo por etapas, absorbiendo primero a los habitantes de la zona más cercana a la misma y en una segunda etapa a los llegados de áreas más alejadas.

3. El «proceso de dispersión» (ciudades o áreas que pierden capacidad de atracción) sucede de forma inversa a la anterior.

4. Toda corriente importante de migración produce su correspondiente contracorriente.

5. Los emigrantes procedentes de largas distancias, van, de forma preferente, a los grandes centros comerciales o industriales y no a los de pequeño tamaño.

6. Los naturales de las ciudades «son menos migratorios» que los de las áreas rurales del país.

7. Las mujeres emigran más que los hombres.

Sin entrar a estimar la validez de las «leyes» de Ravenstein, lo cierto es que este contemporáneo de Engels realiza el primer intento de sistematización del fenómeno. Un fenómeno que hasta entonces había sido presentado como expediciones de conquista (los españoles y el Nuevo Mundo), de propagación de ideas religiosas (los cuáqueros en Nueva Inglaterra) o de huida de comunidades completas (la huida de los puritanos galeses o del Lancashire); a nuestro juicio, estos movimientos masivos —para la época en que se realizaron— tenían un carácter mixto en parte «místico» (conquista, apostolado), y en parte de desplazamientos en busca de nueva tierra que trabajar.

El valor de la obra de Ravenstein es similar al que podemos encontrar en la de Tocqueville, Hobbes o del propio Marx: la interpretación secularizada de un proceso social. Pero, aparte de este carácter secularizador, la obra de Ravenstein sienta las bases para los posteriores modelos gravitacionales utilizados por los geógrafos en el estudio de los

movimientos de población. Sin embargo, los modelos gravitacionales, muy celebrados y utilizados hoy en día por los planificadores, son irrelevantes para el sociólogo (no así para la planificación regional y urbana) por no incluir ninguna variable de naturaleza sociológica en su formulación teórica.

Más importante para la elaboración de una teoría general de la emigración es el enfoque de Simmel cuando analiza las repercusiones que produce la emigración en las formas de socialización de los pueblos, tanto en el caso de que emigre todo el grupo como en el de que lo haga sólo una parte del mismo. En el caso de nomadismo (desplazamiento de todo un grupo social), el desplazamiento obliga a una «supresión o atenuación de las diferenciaciones interiores del grupo y, por tanto, a una falta de organización política propiamente dicha que, sin embargo, se aviene frecuentemente con una monarquía despótica» (G. Simmel, 1926, pp. 285 y ss.). Se trata del fenómeno que describe en términos de «concentración despótica», o sistema de dominación política sobre comunidades de pequeño tamaño, y que es una consecuencia exclusiva de la movilidad espacial de la comunidad nómada. La existencia, además, de un sistema de toma de decisiones políticas complicado implica un cierto sedentarismo y una ausencia de urgencia que puede llevar a la tolerancia hacia alguna forma de oposición más o menos institucionalizada. Sin embargo, lo más importante del análisis de Simmel es la «interacción dialéctica» entre los fenómenos de expansión y concentración: «las condiciones de alimentación llevan a los individuos a separarse unos de otros, al paso que la necesidad de protección los concentra y compensa la diferenciación». El impulso a viajar refuerza la unión; la salida de un área común refuerza el sentido de la *Gemeinschaft* entre individuos de origen común; la formación de comunidades de inmigrantes queda explicada por Simmel en los siguientes términos:

«Al perder el individuo el apoyo de su patria y, al propio tiempo, la jerarquía fija de ésta, se siente impelido a constituir una unidad más que individual, compartiendo en ella el destino de sus compañeros

para eludir los inconvenientes del aislamiento y la falta de apoyo».

A continuación pasa Simmel a analizar el caso en el que sólo una parte de la sociedad emigra, tomando como modelo los viajeros clásicos de la Baja Edad Media: comerciantes, intelectuales, mendigos, peregrinos, clérigos y alta nobleza. Sin embargo, dada la diferente estructura social de que parte, sus conclusiones no son directamente aplicables al caso de la movilidad espacial del trabajo, que es lo que interesa destacar al estudiar las migraciones laborales contemporáneas, si bien queda claro que la sutileza de su enfoque, en el que la dimensión política y la de cohesión e identidad grupal forman parte descollante, nos da una idea de lo que podría llegar a ser una teoría sociológica adecuada del fenómeno migratorio.

La primera aportación mixta en la que entra la noción de gravitación o «peso», más las variables psicosociales, es la de Stouffer (1940). Stouffer, en un artículo ya clásico, incorpora el concepto de «oportunidad interviniente» como motor del proceso migratorio. A partir de ese concepto elabora un modelo teórico basado en la proposición de que «el número de personas que se desplaza a una distancia dada es proporcional al número de oportunidades existentes a esa distancia, e inversamente proporcional al número de oportunidades intervinientes». El término «oportunidad interviniente» no parece muy afortunado. Corresponde al concepto económico de «coste oportunidad» muy utilizado en la misma época en microeconomía y teoría del bienestar, de donde parece se ha tomado. Corresponde también a un camino ciego en la metodología psicosociológica, marcado por la expresión «variable interviniente», que no es sino el *deus ex machina* que los sociólogos de los años cuarenta y cincuenta hacían intervenir cuando no sabían interpretar alguna relación causal. Esta afirmación nuestra se corrobora en el propio Stouffer cuando intenta operacionalizar su concepto: no se le ocurre otra cosa que identificar «oportunidad» con «viviendas desocupadas» en un área determinada. La comprobación empírica de su teoría se reduce a analizar los movimientos de población en Cleveland en fun-

ción de las disponibilidades de vivienda (cuando es un hecho conocido que el movimiento de población no sólo es anterior a la existencia de locales adecuados, sino que se hace independientemente de que haya o no viviendas disponibles). Con posterioridad a Stouffer, es Bogue quien introduce consideraciones sociológicas en la teoría (ya existente en geografía humana) del llamado *pull and push*, o atracción-repulsión, para explicar las características diferenciales de las migraciones, que hasta ese momento habían sido contempladas como un todo, en un ejemplo típico de «supersimplificación» sociológica.

Consideradas las aproximaciones anteriores en su conjunto, se pueden destacar algunos rasgos; las «leyes» de Ravenstein fueron escritas con vocación universal, aunque aplicadas sólo a los movimientos migratorios dentro del Reino Unido. Los modelos gravitacionales y sus modificaciones (Stouffer) tienen un alcance regional limitado al interior de las fronteras de un Estado, sea cual sea su dimensión. Por último, los modelos *pull-push* han sido creados fundamentalmente para explicar migraciones interiores. Vemos, pues, que el abanico de posibilidades teóricas existentes se limita a la explicación de procesos dentro de un determinado espacio más o menos homogéneo, pero con unas fronteras o límites bien explicitados. Los modelos teóricos para el análisis de las migraciones parten de un concepto particular del espacio; le consideran una llanura homogénea y uniforme, sin fronteras, o bien con una frontera o límite exterior a través del cual no se producen intercambios. El modelo de espacio empleado es, pues, similar a la simplificación espacial que se podía apreciar en las teorías de Von Thünen, Alfred Weber, Christaller o Simmel. El motivo de una tal concepción del espacio parece ser doble:

1. De una parte, no es probable que puedan establecerse relaciones causales en el caso de las migraciones internacionales. Las fronteras, expresión física de la soberanía nacional, se convierten en barrera al paso de las personas y bienes (prácticamente su única función en el momento actual). La única generalización posible hasta el momento —obvia por otra parte— es que las migraciones bilaterales

se producen cuando interesan a los dos estados (emisor y receptor) y son reguladas por tratados bilaterales o por decisiones de política interior del país receptor. La frontera actúa, pues, políticamente, como punto de ruptura o elemento de discontinuidad en el proceso social en cuestión.

2. Por otra parte, los modelos gravitacionales pueden ser reducidos a ecuaciones o sistemas de ecuaciones algebraicas que sólo se pueden resolver en un espacio euclídeo uniforme, homogéneo y sin discontinuidades. Esta es la causa matemática que exige uniformidad y continuidad a los modelos y que, por tanto, limita sus posibilidades.

Pero no es sólo esta limitación espacial la única que sufren estos intentos explicativos de la realidad. Lo más notable es la ignorancia de algunos aspectos notables de la estructura social que son claves en la explicación de los procesos migratorios, como vamos a apuntar a continuación.

III

Ninguna sociedad es un sistema cerrado. Esta afirmación no es sólo válida para las sociedades complejas, sino que puede extenderse a las comunidades «primitivas» más aisladas. El hecho, tantas veces constatado por los antropólogos, de que las tribus más reducidas y aisladas forman por lo menos dos clanes exógamos o moietías, y que ha dado lugar a una cierta cantidad de especulación, muestra que hasta cuando parece que nos encontramos con un solo sistema quizá lo que haya sean dos, interdependientes, y un pleno e institucionalizado cambio de «migrantes» entre ellos a través del matrimonio. Mas sin entrar en las interesantes cuestiones que de este fenómeno se derivan, lo que es indiscutible es que ninguna sociedad medianamente compleja está cerrada y que, por tanto, la existencia de fronteras tiene un valor muy relativo. Sabido es que, conducidos por los imperativos de sus propios supuestos básicos, los sociólogos de la escuela de la llamada «teoría de los sistemas generales», entre otros, han dedicado mucho esfuerzo a elucidar el problema de las fronteras de todo sistema social, así como el de los intercambios entre varios sistemas.

a través de tales fronteras. A nuestro entender, empero, bien podría ser que estos estudiosos no hicieran sino sublimar en la teoría lo que en la realidad no es más que un esfuerzo de los agentes de dominación y detentadores de la autoridad por demarcar sus zonas de vigencia. En otras palabras, el hecho de que ciertos grupos o instituciones se esfuerzen por crear barreras y demarcar zonas de influencia no prueba que éstas sean inherentes a la sociedad, sino todo lo contrario, que ciertos agentes dentro de ellas quieren ponerlas donde no las hay. Ni la muralla de China representó jamás el limes imperial de aquel país, ni los decretos de Felipe II consiguieron aislar de un modo total la cultura española del resto de Europa, aunque una y otro cumplieran en parte con los propósitos iniciales. Y a juzgar por los acontecimientos recientes en Hungría, Polonia, Checoslovaquia, tampoco parece —a pesar de la farsa de Helsinki— que el llamado Telón de Acero constituya una demarcación total entre el mundo del colectivismo burocrático y el del capitalismo parlamentario.

Si en estos casos extremos cabe preguntarse hasta qué punto es válida la noción de frontera y su corolario, la de sistema cerrado, ¿qué no habrá de dudar de entidades tan abiertas como lo son las sociedades occidentales? Mas ¿cuál es la naturaleza de su apertura? ¿Será por ventura su economía de mercado, por muy monopolista que éste sea?

Parece que la respuesta es sólo parcialmente afirmativa en este sentido. En un estudio reciente (S. Giner y J. Salcedo, 1976) hemos demostrado el número de factores políticos, sindicales, de coaliciones internacionales, ideológicos y demográficos y familiares que entran en juego modificando profundísimamente los factores económicos que alguien podría considerar como iniciales en el proceso migratorio. Habrá que llegar a la conclusión ciertamente heterodoxa de que el «factor económico» es sólo uno más entre otros y no es el que determina ni siquiera en última instancia los movimientos migratorios. Demos algunos ejemplos. La explicación de que la necesidad de divisas y la mitigación del paro han «forzado» al Gobierno yugoslavo a exportar mano de obra a Alemania y otros países es muy sensata.

pero no es generalizable. ¿Cómo es que otros países socialistas no han seguido igual camino? Si se aduce que ello se debe a que Yugoslavia ha caído fuera de la órbita militar y política soviética no se hace sino subrayar nuestra posición, es decir, que es un factor de poder e ideología y no el económico el determinante principal. La diversidad de políticas migratorias de los gobiernos franquista y salazarista es un ejemplo adicional. La actitud colonialista de Salazar obligó a la institución del gangsterismo en el transporte de mano de obra clandestina a través de España y Francia, mientras que España se embarcaba en una política oficial de exportación de paro no sólo para obtener divisas (motivo económico) sino para mitigar conflictos sociales gravísimos (motivo político) y consolidar así la estabilidad interna del régimen. Finalmente, ni el establecimiento de los ex combatientes argelinos profranceses en Francia ni el de grandes números de chipriotas, jamaicanos o paquistaníes en la Gran Bretaña se explica sino por compromisos de desmantelamiento imperial en los que el omnipresente factor económico se adapta y es regulado por el también omnipresente factor político y por las «fronteras» o ámbitos fluctuantes que los poderes establecidos luchan constantemente por crear y recrear sobre sus áreas de dominio territorial.

La naturaleza misma de los grupos inmigrantes viene determinada por estrategias y necesidades de todas las colectividades que entran en liza. En los Estados Unidos la ley de 1924 puso coto al flujo migratorio europeo con un sistema de cuotas, pero poca cosa pudo contra la entrada masiva de los chicanos, el establecimiento de portorriqueños —paradojas del estatus colonial de su isla— y, naturalmente, la apertura total del país al talento de los expertos que respondían a las necesidades de investigación (*research and development*), así como a las académicas de la república yanqui. Una teoría adecuada de la migración tiene, pues que empezar por abandonar la obsesión por el trasvase de población rural a la urbana, o la de países pobres a los industrializados y tener en cuenta otros aspectos clave. Las migraciones étnico ocupacionales (tenderos hindúes en Canarias y Barcelona, comerciantes libaneses en las costas africanas, cocineros y lavaderos chinos en América) no

son ni mucho menos casos marginales: los alicantinos, en las vendimias de Argelia, eran también migrantes ocupacionales (no siempre estacionales, pues muchos se hicieron *pieds noirs*) y expertos necesarios en un aspecto de la agricultura colonial.

En el estudio de todo esto es evidente que la complejidad es altísima y ello nos hace comprender la inclinación de los observadores por simplificar las cosas bajo esquemas de *push and pull* y otros similares. Es comprensible, por ejemplo, que ante el sionismo como «causa» aparente de la emigración de judíos a Tierra Santa se sienta uno algo perdido: ¿qué pesó más desde el principio? ¿Las persecuciones antihebreas en Centroeuropa, particularmente en Rusia y Polonia? ¿El modo específicamente judaico de nacionalismo moderno y romanticismo colectivista? ¿El carisma de Herzen? ¿Los supuestos intereses de Inglaterra y otras potencias en el Próximo y Medio Oriente? ¿Los de la Unión Soviética, primer país en reconocer el «estado inmigrante» de Israel?

IV

Ante esta serie de preguntas y perplejidades es menester presentar esquemáticamente lo que a nuestro juicio debe hacerse a partir de ahora, siquiera sea de un modo tentativo:

1. La sociología de las migraciones debe eliminar todas las taxonomías empleadas hasta el presente, tanto por ella como por los organismos internacionales dedicados a su estudio. Algunas de ellas (como la distinción entre migraciones intracontinentales e intercontinentales, internas y externas, pueden parecer interesantes, pero carecen de sentido). Pensemos sólo en el hecho de que las «internas» —de Jaén a Barcelona, de Sevilla a Bilbao, de Valladolid a Madrid— forman parte integrante e inseparable de flujos de mano de obra transpirenaicos, según las condiciones del mercado, la situación política, etc.

2. Los factores extraeconómicos no pueden seguir siendo considerados como meros subproductos del proceso.

En este sentido debe prestarse gran atención al factor religioso, no sólo en el caso de Israel, sino en el estudio de las peregrinaciones en tanto en cuanto son migraciones. Las de Santiago de Compostela serán cosa del pasado, pero las de la Meca tienen una importancia política considerable en nuestros días en todo el mundo islámico.

3. Las fuerzas endógenas que coadyuvan a la no integración de los inmigrantes y a su diferenciación como comunidades insertas en la sociedad general merecen mucha atención. ¿Hasta qué punto los chinos de Malasia e Indonesia desean su «integración»? ¿En qué medida su cohesión interna potencia el conflicto en aquellas sociedades?

4. Las coaliciones implícitas de fuerzas políticas contra los inmigrantes deben ser estudiadas. Así queda por hacer un estudio de la tácita Santa Alianza de Gobiernos, Sindicatos, C. E. E., y otros organismos contra la mano de obra sudeuropea en el norte de Europa.

5. Hay que intensificar los estudios, ya iniciados, de la visión del mundo expresada por los migrantes mismos, antes, durante y después de su migración.

6. Hay que elaborar una teoría de modos de respuesta de las diversas colectividades migrantes a cada situación social y vincularla a una teoría del conflicto de clases (S. Giner y J. Salcedo, 1976).

7. Hay que analizar con mayor detalle los modos de apropiación del excedente económico creado por los migrantes por parte de las clases dominantes (S. Giner, 1975), pero también del excedente por los migrantes cuando éstos forman comunidades de clase media alta o clase alta, como son los mercaderes o los banqueros migrantes (estudio de las burguesías migratorias).

Sólo cuando éstos y otros aspectos de la vasta problemática comiencen a ser elucidados podremos empezar a pensar en la elaboración de una teoría general de las trashumancias del hombre moderno. Mas, antes de llegar ahí, no sólo nos queda un trecho muy largo por recorrer, sino que, como se colige fácilmente por todo lo que precede,

barrantamos que habrá que vencer muchas barreras ideológicas y muchos tabúes bien atrincherados en las cancillerías de los estados, en las aulas de las universidades y en las sedes de los partidos políticos.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- LAKATOS, I.: «Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes», en I. Lakatos y A. Musgrave: *Criticism and the Growth of Knowledge*. University of Cambridge, pp. 91-196 (1970).
- GINER, S.: «Immigració de força de treball dels països mediterranis a Europa: alguns efectes socioeconòmics», en *Papers de Sociologia*, número 4, pp. 31-62 (1975).
- GINER, S. y SALCEDO, J.: «Inmigración obrera y estructuras sociales en Europa», en *Sistema*, número 14, pp.45-71 (1976).
- RAVENSTEIN, E. G.: «The Laws of Migration», *Journal of the Statistical Society*, junio 1885, pp. 167-230 (1885).
- SIMMEL, G.: «Sociología: estudio sobre las forma de socialización». *Revista de Occidente*. Madrid, 1926.
- STOUFFER, S.: «Intervening opportunities: A theory relating mobility and distance», en *American Sociological Review*, número 5, diciembre 1940, pp. 845-867 (1940).
- THOMAS, W. I. y ZNANIECKI, F.: *The Polish Peasant in Europe and America*. Octagon Books. Nueva York. 1968 (1927).

SUMMARY

Many ideological barriers and well established taboos have to be overcome, for the authors of this article, before a general theory on contemporary man's migrations can be made.

They note how sociological studies on migration flows have tended to be descriptions or hurried classifications rather than to explain or interpret these phenomena. While, on one hand, we have «pull and push» models based on very simplified space concepts, on the other, we see approaches that are constrained by class conflict and international imperialism theories.

The authors define this theoretical gap as the lack of attention paid to extra-economic factors and the consideration of tradeunion, political, demografic, international, ideological and family matters as by-products of the migration processes.

RESUMÉ

Un grand nombre de barrières idéologiques et tabous doit être surmonté, concluent les auteurs de cet article, pour qu'on puisse

aborder la construction d'une théorie générale sur les migrations de l'homme moderne.

Ils remarquent comment on a souvent fait des descriptions ou des classements hâtés au lieu d'expliquer ou d'interpréter ces phénomènes. D'un côté, nous avons des modèles «push and pull» qui sont fondés sur de très simplifiés concepts de l'espace, de l'autre, on voit des approches qui sont sous la dépendance de la théorie du conflit des classes et de l'impérialisme international.

Les auteurs expliquent ce vide théorique par la faute de considération des facteurs extra-économiques et par l'analyse des questions syndicales, démographiques, internationales, idéologiques, politiques et familiales comme s'ils étaient des sous-produits du processus migratoire.

